

Déjenos deprimirnos

GABRIELA GRINBAUM

Nunca imaginé ser parte de los manuales de historia.

Me divertía un poco ser algo así como de la Generación X, los que vivimos los 80´ un poco transgresores y alocados.

Pero... pero... esto o más precisamente la COVID-19 uffff, noooo.

La historia dividida en un antes y un después del virus que corona la tierra... impensable.

Ahora entiendo.

Esto es el real sin ley.

Y no le encuentro nada de nada de nada ni de divertido ni de eso que escucho con frecuencia, nos viene bien para frenar un poco la maratón desenfrenada que vivíamos.

Es un horror.

Es verdad que hay un efecto de “bipolaridad generalizada”, así la bautizo yo. Pasajes sin escalas de híper manía a un bajón letal.

Con Mariana Schwartzman inventamos una gracia, empezamos una lista en la que vamos agregando cotidianamente más y más... qué nos deprime. Se las regalo:

Me deprime la manía del otro.
Me deprime la incertidumbre.
Me deprime no ir al cine ni al teatro ni al Malba.
Me deprime hacer como si nada pero no parar de hablar de esto.
Me deprime la vida online.
Me deprime la vida que viene.
Me deprime decir que no vamos a volver a la normalidad porque la normalidad era el problema.
Me deprime no ser optimista esta vez.
Me deprimen los optimistas.
Me deprime que la humanidad será aún peor.
Me deprime lo que se perdió y que seguirá perdido.
Me deprime que crean que hablo del objeto perdido freudiano.
Me deprime la infancia sin amigxs en el patio del colegio.
Me deprime el exceso de ofertas por Instagram.
Me deprimen los vivos de Instagram.
Me deprime mi adicción a Instagram.
Me deprimen las horas que Instagram me anuncia que pasé esa semana ahí.
Me deprime hacer gimnasia si nunca hice.
Me deprime mirar por la ventana.
Me deprime la lluvia.
Me deprime el sol.
Me deprimen los días nublados.
Me deprimen los barbijos.
Me deprimen los mil y un modelos de barbijos.
Me deprime que grandes artistas diseñen barbijos.
Me deprimen los abuelos que no pueden ver a los nietos.
Me deprime la hostilidad.
Me deprime salir a pasear a Elvis y las miradas de sospecha.
Me deprimen los nuevos chats.

Me deprimen los chats donde te dejan hablando sola.

Me deprimen los que aprovechan el tiempo.

Me deprimen los que ahora leen Proust o Tolstoi.

Me deprime no haber leído ni un solo libro en cuarentena.

Me deprime mi nueva adicción a todo y cualquier noticiero que solo agrega más números de muertos.

Me deprimen los infectólogos y sus recetas.

Me deprimen los audios médicos de los médicos que luego dicen que son falsos.

Me deprimen los opinólogos.

Me deprime el empoderamiento recientemente perdido y ahora altamente recuperado de las fuerzas policiales.

Me deprime cuando pienso que la manía de seguir es un decorado y que es real la amenaza de enfermarnos o que se enferme un ser querido.

Me deprime no concentrarme para escribir.

Me deprime tardar tanto tanto para armar una clase.

Me deprime mi fragilidad desconocida.

Me deprime Bolsonaro.

Me deprime que lo más excitante del día es el timbre con la llegada de Glovo.

Me deprime no estar al día jamás con lo que hay que ver en Netflix.

Mariana me escribe por Instagram: “agregá esto, no hay nada que me deprima más que el: “armate una rutina en cuarentena”. Odio profundamente la rutina en cuarentena.

Me deprimen soberanamente los cumpleaños por zoom.

Pero más me deprimen los que se quejan de justo cumplir años en cuarentena.

Me deprime terminar un mensaje con “un beso que por acá se puede”.

Pero lo que más más más me deprime es que no te dejan deprimirte.

Porque el imperativo del goce y de felicidad de la época no queda afuera.

Y entonces los gobiernos te mandan a tener sexo virtual y te dan incluso ideas como el “sexting” o las plataformas liberadas de porno. Hay que gozar aunque estés atravesando toda esta mierda.

Me deprime que no haya espacio para la tristeza.

Me deprime que parece cierto que nada volverá a ser como antes y a mí, mi antes me gustaba bastante.